

# Presentación



**E**l presente número especial de *Atenea* está organizado bajo el signo de lo finesecular: a las puertas del nuevo siglo hemos decidido antologar lo mejor de la *Atenea* del siglo XX.

Nos ha guiado no sólo la idea de balance y del resumen, sino la de mostrar lo que han significado los 76 años de vida de la publicación en el ámbito de la lengua y cultura castellanas.

Hemos querido evidenciar que desde el lejano abril de 1924 hasta ahora, *Atenea* se ha constituido en un espacio de reflexión profundamente humanista, construido con el aporte de intelectuales de prestigio en el ámbito nacional e internacional. Se reúnen aquí, en efecto, Premios Nobeles –Mistral y Neruda– con las figuras de dos de los más grandes poetas chilenos vivos, Parra y Gonzalo Rojas, y la de expresidentes de Chile como Arturo Alessandri Palma, junto a humanistas que marcaron toda una época, Dámaso Alonso, Romain Rolland, Amanda Labarca, Alejandro Lipschutz, Alone y Ricardo Latcham. El pensamiento histórico y político que fijó huellas decisivas en el desarrollo de Chile como estado nación, también está presente a través de estudios de Guillermo Feliú Cruz, Alberto Baltra, Julio César Jobet, Enrique Molina y Hernán Santa Cruz.

La reflexión científica, siempre desde una perspectiva humanista se expresa en los artículos de Muzzioli, Camurri, Juan Perelló, Desiderio Papp y Bruno Günther.

Todos estos autores y su producción intelectual fueron seleccionados por una comisión ad hoc que tuvo la tarea de bucear en el mare magnum de los 480 números de la revista, aquellos artículos que, impactando profundamente en la época en que fueron publicados, tenían todavía una vigencia indudable en los campos respectivos del saber.

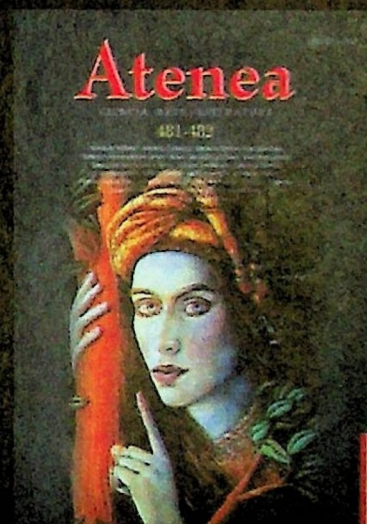
Así las tesis elaboradas por Amanda Labarca en su artículo "El imperio femenino" perfectamente pueden incluirse en los debates contemporáneos sobre la mujer; y qué decir sobre el tema de los derechos humanos desarrollado por Santa Cruz, tan presente en la conciencia moral del Chile de hoy. Lo mismo sucede con el trabajo de Leopoldo Muzzioli que plantea el dilema perverso, todavía presente, entre las llamadas "ciencias duras" y "ciencias blandas", para mostrar brillantemente la falacia que envuelve la contradicción.

Por ello, leer este número especial de *Atenea* es "leer" las grandes coordenadas culturales del siglo XX, sus signatures, sus símbolos y blasones, desde la perspectiva latinoamericanista y desde la que proporciona la lengua castellana.

No parece exagerado reconocer que la revista es una suerte de espejo en el que se reflejan los acelerados cambios culturales que caracterizaron al siglo XX. El conflicto que produjo el paso desde una sociedad premoderna a otra abiertamente modernizada –por lo menos desde el punto de vista del proceso cultural– obligó a *Atenea* a tomar una opción, que no pudo ser otra que la apuesta por la modernidad, especialmente en sus fases progresistas y en el reconocimiento de la libertad, de la autonomía del sujeto y del racionalismo humanista, que caracterizó, por otra parte, el espíritu de sus fundadores. Los nombres de la primera "Comisión Directora" dan fe de ello.

Reconocer lo que fue la revista significa respetar una rica tradición y asumir su continuidad tomando en cuenta, naturalmente, las nuevas condiciones generadas por el siglo que recién abre sus umbrales.

Releer los artículos antologados desde estas nuevas perspectivas, desde una "episteme" distinta, es un ejercicio intelectual que ayuda a comprender el proceso de tradición y ruptura que dinamizó el siglo XX y que llevó a Octavio Paz a hablar de la "tradición de la ruptura".



Para conseguir estos fines y ofrecer a los lectores de *Atenea* las luces y sombras de una tradición que nos pertenece, se conformó una comisión especial que se abocó a la tarea estimulante, pero también exigente, de seleccionar los estudios que debían figurar por su relevancia en esta antología del siglo XX. Los profesores de reconocido prestigio que hicieron posible este número fueron Enrique Oelker y Mario Suwalsky, por la parte científica, y Gilberto Triviños, Leonardo Mazzei, Dieter Oelker, por la humanista. Para ellos el agradecimiento de la Dirección por el esfuerzo realizado y la seriedad, el compromiso y la capacidad de mantener el más alto nivel de diálogo académico en las discusiones generadas por los criterios de selección de los trabajos.

Nos parece necesario, también, dar las razones para el cambio del formato de la revista. Desde hace más de una década el libro se ha ido transformando en un objeto de arte, recuperando la fisonomía inicial con que nació de artesanos del medioevo, bajo la forma de esos brevariarios preciosos de los que habla Darío en *Prosas profanas*. *Atenea* ha creído necesario incluirse en ese proceso de renovación, que es al mismo tiempo de recuperación, ya que en el caso específico volvemos muy cerca del antiguo formato del número 1 de la revista.

Y a propósito de este primer número, queremos dejar estampados aquí los nombres de la primera "Comisión Directora" de la revista: Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez, Abraham Valenzuela; sin olvidar al editor y agente general Carlos Jorge Nascimento, dueño de la mítica Librería Nascimento y figura consular de la imprenta en Chile.

Setenta y seis años separan a esa "Comisión Directora" del actual Consejo Editorial nombrado recientemente por las autoridades universitarias. No sólo mucha agua ha corrido bajo los puentes, pero los acontecimientos, vicisitudes y traumas históricos, no han sido capaces de desintegrar la revista; ella ha mantenido una tradición, esa "tradición de la ruptura" de la que habla tan sugestivamente Octavio Paz. Pensando con Deleuze, diríamos que la revista se ha agenciado un territorio en la cultura nacional, y pensando con nuestra Universidad, podríamos afirmar que *Atenea*, aún en los momentos más arduos, fue siempre una revista libertaria, como lo quiso su fundador Enrique Molina.

EL DIRECTOR